

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD

TRIANA



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Fiestas Fundacionales de la Ciudad. San Juan, 96.

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD

TRIANA



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Fiestas Fundacionales de la Ciudad. San Juan, 96.

José Manuel Soria López
Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria
Josefa Luzardo Romano
Concejal de Cultura

Ilustraciones.

Luis Van Isschot.

«Imágenes del Barrio de Triana»

Acuarelas. 1996.

Cubierta:

«Vista de Las Palmas y de sus Fondaderos»

M. Charles Philippe de Kerhallet, 1842.

© por los textos: los autores

© de la presente edición:

Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria

Colaboran: Real Sociedad Económica de Amigos del País de
Las Palmas

Fundación Mapfre Guanarteme

Depósito Legal: G. C. 436 - 1996

Imprime: TEGRARTE, s.l. - Textos, Gráficos & Arte de Telde

Tfn. 69 55 51 - La Herradura - Telde - Gran Canaria

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD

«El Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad» se ha convertido en una de las actividades más atractivas de la programación cultural de las Fiestas Fundacionales de Las Palmas de Gran Canaria.

La Corporación que tengo el honor de presidir ha continuado, para las Fiestas de San Juan, esta tradición que nació al abrigo de los actos conmemorativos del Quinto Centenario de la ciudad, en Junio de 1978, apoyándose en viejas y olvidadas iniciativas similares, en las que personajes como Néstor Martín de la Torre, Domingo Doreste «Fray Lesco», Carlos Navarro Ruiz o Néstor Alamo se empeñaron en dar a conocer la historia local en su lugar de desarrollo a vecinos y foráneos.

Durante algunos años de la pasada década se repitió su uso en los actos culturales de Semana Santa. Este año, cuando celebramos el 518 aniversario de nuestra ciudad, hemos querido recuperar para la ciudadanía estos sanos paseos históricos incluyéndolos, dentro de unas fiestas de peculiar significado para todos nuestros vecinos.

Así, para dar mayor dimensión a la nueva etapa de estos recorridos, se ha creído necesario extender sus pasos más allá del lecho donde duerme el viejo Guiniguada, para introducirnos de lleno en una de las zonas fundamentales de lo que constituyó el primer desarrollo con vocación de progreso que experimentó aquel originario «Real de las Tres Palmas», el Barrio de Triana, con sus conventos y sus huertas, con sus renombrados poetas, como Cairasco de Figueroa o Tomás Morales. Pero también con su inquieta y pujante vocación comercial, representada en grupos humanos como los «malteses», los mareantes y pescadores del reducto de San Telmo o todas las casas mercantiles británicas que a lo largo del siglo pasado dieron vida a esta emblemática calle.

Desde estas páginas invito a todos los ciudadanos a participar deseándoles que disfruten con el paseo nocturno,

que este año recorre algunas de las principales calles del Barrio de Triana, escoltado por las notas alegres de la Tuna Universitaria.

En aras de darle una mayor difusión a las palabras de los cronistas que ilustran estos paseos, y para aquellos que no puedan participar directamente en esta enriquecedora experiencia, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria ha decidido recopilar en sucesivas ediciones estos discursos de sapiencia histórica. Para esta primera experiencia se ha contado con la inestimable colaboración de Víctor Morales Lezcano, María de los Reyes Hernández Socorro, Alfredo Herrera Piqué, Juan José Laforet y Francisco Morales Padrón, como autores de los textos, y del acuarelista Luis Van Isschot como creador de las magníficas ilustraciones que completan el libro.

En nombre de la Corporación Municipal agradezco a todos sus aportaciones. También deseo reconocer y dar las gracias a la Real Sociedad Económica de Amigos del País y a la Fundación Mapfre Guanarteme por su desinteresada contribución para la realización de este proyecto editorial.

Las páginas de este libro servirán para enriquecer nuestra memoria colectiva. Serán, sin duda, un testimonio útil para dar a conocer la historia de «La Calle Mayor de Triana» a las futuras generaciones.

José Manuel Soria López

Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria

**PROPÓSITO DE UN RECORRIDO HISTÓRICO.
AYER Y HOY DE UNA CALLE:
«LOS MALTESES».**

Hace ya algunos años, dentro del programa de las Fiestas del Quinientos Aniversario de la fundación de Las Palmas de Gran Canaria, al anochecer del 23 de junio de 1978, tuvo lugar de forma casi espontánea, pese a la organización que el Ayuntamiento había previsto, decorando e iluminando una serie de patios y fachadas de Vegueta, el que podríamos denominar primer recorrido o paseo por la historia de la ciudad. No hubo palabras, ni discursos, ni lecciones académicas, sólo la música de dos rondallas, una contratada y otra que, inesperadamente y por propia voluntad, se presentó de repente, junto a la alegría y los comentarios festivos de los ciudadanos que, a miles, desembarcaron aquella noche en las calles de Vegueta. Con el tiempo la experiencia, que inicialmente se celebró también con motivo de la Semana Santa, tomó cuerpo. Y cuajó en las tradiciones sanjuaneras.

Año tras año los diferentes responsables de las fiestas han consolidado esta actividad, al dotarla de nuevas y diferentes características. En este sentido, desde la actual Corporación Municipal, a través de su Concejalía de Cultura, se estimó conveniente acercarnos en esta ocasión a una parte esencial de la ciudad y de su historia, pasada, presente y, a buen seguro, futura, el barrio de Triana, con su calle Mayor, sus monumentos, el rastro de su conexión con las sendas atlánticas que acercaron la Isla a los pueblos hermanos de las dos orillas del océano, la memoria de muchísimos personajes vitales para la historia insular, en fin, a una visión de conjunto de una zona urbana que es necesario que conozcan bien todos los vecinos de populosa y cosmopolita ciudad que es hoy Las Palmas de Gran Canaria, dado que un pueblo que desconoce su historia, difícilmente será capaz de afrontar su futuro.

Así, y antes de nada, quiero dar las gracias a los profesores y escritores que hacen posible, a través de su palabra, un acercamiento puntual a la historia y al espíritu de Triana, convencida de la utilidad que sus textos tendrán para cuantos accedan a ellos. Al mismo tiempo felicitar a cuantos vecinos siguen cada año estos recorridos con auténtica emoción y sentido de su ciudad y sus tradiciones.

Como complemento de estos paseos, que sirvan de testimonios duraderos, se ha visto la necesidad de ofrecer de un lado la edición de las intervenciones del recorrido, ilustradas con unas acuarelas obras del artista Luis Van Isschot, y de otro la colocación progresiva de unas placas que expliquen y recuerden el origen de los nombres con los que se denominan las calles actuales.

Iniciar la colocación de rótulos explicativos con el de la calle de Los Malteses es situarnos ante un hecho actual que encuentra aquí uno de sus referentes históricos más claros, pues si la ciudad se define hoy por su cosmopolitismo, este ya tuvo precedentes en todos aquellos diversos grupos humanos, de muy diferentes procedencias, que se asentaron en el entorno trianero, tomando muy pronto carta de naturaleza isleña.

Hoy debo recordar lo que, a propósito de esta calle, escribió el que fuera cronista oficial de la ciudad, personaje destacadísimo y político inquieto, el doctor Carlos Navarro Ruiz, en su útil e interesante «Nomenclator de calles y plazas de Las Palmas», editado en dos tomos de 1940 y 1943 por la Tipografía del Diario, para el que todo se debe a que «unos mercaderes de Malta, atraídos por la riqueza de la isla, por su

excelente y saludable clima y por el buen carácter de sus habitantes, se establecieron tranquilamente en Las Palmas, adquiriendo sus negocios alguna importancia cuando la buena calle en que se instalaron recibió de ellos su nombre, conservado a través de los tiempos a pesar de haber desaparecido en una ocasión».

La calle, que en tiempos también fue conocida como «del agua», por las conducciones que la atravesaban, según consta en alguno de los planos más antiguos de la ciudad, o, como recoge Néstor Alamo en su libro «Thenesoya Vidina», «que iba a San Francisco» o «que bajaba del Monasterio del Señor San Francisco a la Real de Triana», «no registraba en su extensión sino casuchos terreros y huertos a un lado y otro», adquiere su fisonomía actual desde el primer trazado, aunque han sido muchos y diversos los vecinos que ha conocido, como la casa del primer gran vate de la poesía insular, Bartolomé Cairasco de Figueroa, el Convento de Santa Clara o, ya en este siglo, la Escuela de Peritos Industriales.

Con esta calle iniciamos una actividad que esperamos continuar pronto con otras calles significativas, de forma que no sólo se de a conocer el origen de unos nombres, sino que con ello se ofrezca un homenaje a las personas, efe-

méridas y eventos en que se basaron; un tributo y un reconocimiento como el que ahora, en estas horas tan especiales en las que nuestra ciudad celebra su cumpleaños, queremos ofrecerle en su conjunto al barrio de Triana.

Josefa Luzardo Romano.

Concejala de Cultura.

PRESENTACION DEL PASEO NOCTURNO

No fue un hecho tan cierto, como onírico, el nacimiento de aquel «Real de las Tres Palmas» que, andando el tiempo, en el devenir de los siglos, en el acontecer de las gentes que a el arribaron, de los acontecimientos que forjaron su identidad, llegó a ser esta ciudad, siempre avocada al futuro, que es Las Palmas de Gran Canaria.

Aquel 24 de junio de hace quinientos dieciocho años, en la concupiscencia templada del equinoccio de verano, en la cuna de unas arenas que, desde siglos atrás ya habían hollado otros pies, los de aborígenes y naturales de la isla, o los de esporádicos y anónimos visitantes, germinó, en la eventualidad de unos acontecimientos no previstos, la idea de una población, arropada en la inquietud, la esperanza, el temor, los ideales, la previsión de posibles contingencias, y, ante todo, los sueños de un grupo humano que, a la sombra de un palmeral generoso, al arrullo de la brisa atlántica, a la vista

de un paisaje espléndido, en la plenitud de una flora singular, extraña, sin referencia alguna con lo conocido hasta el momento, en la que veroles, berodes, tabaibas, tajinastes, cardoncillos o dragos, aparecían como sacados de un surrealista «jardín de las delicias», concibió el deseo de permanecer indefinidamente en un entorno que, esa misma noche, a la lumbre de los fuegos del señor San Juan, ya sintió propio, moldeable en el crisol de sus ambiciones e ilusiones.

Vegueta, mucho más allá de estrategias militares, de espadas, arcabuces, cañones y pendones, surgió de la esperanza, de los sueños de quienes, esa noche del día de San Juan, en lo más íntimo de sus almas se debatían entre el miedo a las circunstancias y la fe en un futuro que ya anhelaban construir en aquella vegueta cantada por el mar, acurrucada en los riscos cercanos y regada por las aguas limpias de un riachuelo de nombre sonoro, «Guiniguada».

Sin embargo, Triana, esa continuación natural y, hasta obligada, del primer reducto urbano, nace con otro talante, con un sentir diferente. Es hija de un embarazo premeditado, sustentado en la necesidad de ampliar una familia que ya, cotidianamente, se abre camino en un esfuerzo sublime que lucha entre la exigencia y el deseo de aumentar su presencia en Gran Canaria y la llamada de la aventura a través de los

caminos que, desde sus puertos, se dirigen al Nuevo Mundo, a otras tierras y poblamientos que tuvieron una experiencia primigenia en el viejo «Real de las Tres Palmas». Y esta realidad forja su carácter desde el primer día; desde el momento en que sus primeros vecinos ya se mostraban como gentes laboriosas, dedicadas al comercio, a una industria incipiente, a atender las naves que recalcan en la rada de San Telmo, a proporcionar unas manos por las que circularon todos aquellos elementos que, en el transcurso de los tiempos, conformaron esa cultura de ida y vuelta que hoy señala al Archipiélago Canario. No me extraña que, casi cinco siglos más tarde, Tomás Morales, poeta vecindado en estas calles, la viera, no sin un atisbo de sana ironía, como barrio, como calle «del comercio, donde ofrece / el cálculo de sus glorias oportunas».

Así, no creo que nadie me quite la razón si digo que, tras tantos años de recorridos históricos por Vegueta, ha sido un acierto enorme el que, la actual Corporación Municipal, haya decidido dedicar hoy en exclusiva el paseo por la historia de la ciudad que cumple años al Barrio de Triana, a su calle Mayor de Triana, pues sin ella no se entendería la conformación de una urbe que creció, se forjó y se expandió a una y otra orilla del tristemente fenecido «Guiniguada».

Para rememorar el pasado, y, por supuesto, para conjurar el futuro, esta noche sanjuanera, entre las notas alegres de los pasacalles de la estudiantina universitaria, tendremos la voz y la palabra de cuatro conciudadanos ilustres, de cuatro palmenses que se han destacado no sólo por estudiar con detenimiento los tiempos pretéritos de la isla, sino por sentirla profundamente a través de su trabajo minucioso. Cada uno verá Triana desde una perspectiva y unos hechos diferentes, pero el conjunto de sus intervenciones, estoy seguro, nos permitirá acercarnos al alma y el carácter de este barrio, que nunca fue barrio, sino ciudad pujante.

Iniciará el camino el profesor D. Víctor Morales Lezcano, que acercará aquel lejano campamento iniciático a la urbe en que se convirtió, y como símbolo claro de ello la transformación de aquel reducto y cofradía de mareantes y pescadores de San Telmo en el puerto de escala y refugio cosmopolita que engalana desde hace un siglo la Bahía de las Isletas.

Adentrados ya en la calle mayor de Triana la doctora Dña. María de los Reyes Hernández Socorro, revivirá la pasión por las estética que en los años centrales del siglo XIX grancanario llevó al artista y arquitecto Ponce de León a de-

jar una huella casi imborrable en la tez de esta ciudad, sin olvidar la calle de Triana, para la que proyectó obras que llegaron a tomar forma y otras que no pasaron de sus bocetos.

Será, ante la fachada de la casa que fue testigo mudo de la infancia y primera juventud del más universal de los escritores grancanarios, D. Benito Pérez Galdós, donde el escritor y ensayista D. Alfredo Herrera Piqué, en los vericuetos espontáneos de una semblanza del que es su barrio, se acerque a la historia de esta zona que también fue lugar de residencia de muchísimos de los personajes más preeminentes de la cultura, las artes, la política y la economía isleña.

El paseo, en su discurrir por la calle de los Malteses, tendrá una nueva y sugestiva parada, en la trasera del Ilmo. Gabinete Literario, para descubrirnos, en manos del Señor Alcalde, D. José Manuel Soria López, y de la Concejal de Cultura, Dña. Josefa Luzardo Romano, una placa que evocará la presencia de quienes dieron nombre a la calle, en una interesante iniciativa que permitirá a los ciudadanos acercarse al origen de los nombres con que se rotulan sus calles.

Culminará el paseo a la sombra del monumento a Cristóbal Colón, bajo el toldo de los laureles de la alameda, junto al antiguo convento de San Francisco, que este año celebra el 175 aniversario de su constitución como Parroquia, y que siglos atrás estuvo estrechamente imbricado con los senderos que conducían de una a otra orilla del Atlántico; ante ellos el catedrático D. Francisco Morales Padrón versará sobre las dos Trianas, en una visión sugestiva del camino que se iniciaba en una Triana, la sevillana continuaba a través de otra, la grancanaria, y culminaba en esa Triana que llegó a brotar frente a la inmensidad del océano Pacífico.

Con todo ello habremos paseado tanto por las calles, como por la memoria de una ciudad, de un barrio, cuyo nombre, Triana, nos repetirá el chisporroteo de las hogueras y los fuegos de artificios en la noche grande de estas Fiestas Fundacionales de Las Palmas de Gran Canaria.

Juan José Laforet.



«Calle Mayor de Triana»

DE CAMPAMENTO A URBE. DE COFRADÍA DE MAREANTES Y PESCADORES A PUERTO DE ESCALA Y REFUGIO COSMOPOLITA .-

Hace dos, tres noches, hemos entrado en el solsticio de verano. Y con él, los días más largos del año han alcanzado su cenit. Es la fiesta del verano allí donde las coordenadas geográficas son las mismas de nuestro hemisferio.

En esta noche de verano -con su sueño correspondiente- nos aprestamos a evocar, una vez más, la génesis de nuestra ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. La «Comisión de Festejos» ha querido invitar como es costumbre -y las costumbres deben respetarse, en particular si son buenas, si son cívicas- a unos cuantos hijos de la tierra a realizar la función de *evocadores*. Una función cuyo ejercicio me apresuro a demostrar, no se si con destreza o torpe maña.

En este aniversario fundacional de la Ciudad, se me ocurre a mí recordar, con unos pocos brochazos, como el campamento castellano que gravitó en torno al Guiniguada

fue constituyéndose hasta poderse hablar pronto, en pocos decenios, de «urbe condita». Es decir, de ciudad europea en una insula africana -hecho que, una vez más, sirve de corolario a aquello de que los seres humanos «no sólo son Naturaleza, sino también Historia»-.

De Vegueta al Guiniguada y hacia la margen izquierda de éste (en tiempos «proceloso» barranco) surgirían como hongos los caseríos de inmigrantes íberos, normandos, genoveses y malteses, que harían del barrio de Triana un emporio de artesanos, buhoneros, traficantes, y gentes de la mar -desde los pescadores hasta los oficiales de patronato-. Todos ellos, gentes de la mar, unidad por el santo Telmo.

En los aledaños del final de la linde de Triana y terminación de la ciudad primigenia, hubo pronto ermita del santo, que daría nombre a la Caleta de San Telmo, conocida también como Charco de Abades. Un entorno marinero para un extremo urbanita del campamento militar de los castellanos asentados en la Vegueta antañona.

Paremos mientras por un instante en el hecho «fronterizo» que la linde de San Telmo significó desde su fundación hasta que la ciudad de Las Palmas excedió de su perímetro

secular, que se mantuvo prácticamente hasta los primeros decenios del siglo XIX. Porque San Telmo fue zona de delimitación urbana donde la hubiere, antes que el camino real que conducía hacia las isletas -vía los Arenales- se insinuara vagamente en calidad de punto de gravitación geográfica de Las Palmas.

Siglos habrían de transcurrir, sin embargo, antes que hacia 1860, el impulso de los tiempos inclinara la recoleta ciudad a trascender la frontera que la segregaba de las tierras arenosas, «de fuera de la portada».

Siglos ni lentos ni precipitados. Siglos que poseyeron su tiempo propio, pero que, sin duda, fueron algo más lentos en las «micromegas» insulares que gustaba hablar Viera y Clavijo, que en el meollo, en la mandorla histórica de la vieja Europa continental.

La «muy noble y muy leal» entera, toda -de cabo a rabo-, sufrió en aquellos siglos sobresaltos como el que causaron los intrusos y devastadores corsarios de los Países Bajos que encabezara Van der Does en un mes de junio de 1599. En otras ocasiones las efemérides fueron de penuria, pero sin el aparato de una invasión consumada o su amenaza

desde las aguas del océano próximas a la costa de la isla; penurias tales como una escasez de víveres, o una epidemia del cólera. Y también, en ocasiones, eventos que traían júbilo y regocijo a los habitantes de aquella capital insular con vocación de cosmópolis; como las fiestas del santo parroquial -San Telmo, u otro.

Muchos decenios habrían de transcurrir antes de que se rompiera la membrana fronteriza de la urbe -enquistada en su tándem de Vegueta Triana y en los poblamientos de los riscos circundantes desde San José y San Roque hasta la lejanas Rehoyas-. Romero y Ceballos nos contaba hacia 1775 que en «Triana vive la mayor parte de la gente de mar y de comercio, y en ella están las más de las tiendas de todos los géneros». La relación mar, navegación, comercio autoriza a hablar, antes y después de 1775, de un destino configurador de la ciudad, de los hábitos de sus gentes y de su *modus vivendi*.

Pero el trueque mercantil en la isla, de siempre, necesitó de unas embarcaciones que arrimaran su proa a la mar revuelta que media entre Santa Catalina (donde el Hotel que construyó en principio la compañía naviera Elder Dempster) y San Telmo (donde la Charca de los Abades). Que arrima-

ran su proa y sus amuras para descargar las sacas y toneles de víveres y líquidos preciosos para el suministro de los palmeños; y, de paso, en el viaje de retorno para que cargaran sus bodegas con los frutos y enseres que la bondad del clima ha permitido cosechar en la Isla desde tiempo inveterado.

Esta elemental función de ósmosis necesita, como toda otra función vital para los pueblos, de unos medios, que actualmente denominamos con cierto énfasis «infraestructura». Los barcos veleros más antiguos, los mismos bergantines de principios del siglo XIX, sólo podían aproximarse y con dificultad, cuando no con riesgo, a la costa de la ciudad para realizar las operaciones de descarga y carga, antes de zarpar mar-océano hacia dentro. Y es que la «mar fea» interponía el obstáculo de su oleaje rompiente en aquel litoral que la inercia de siglos había consagrado para que se llevaran a efecto las operaciones del comercio urbano, a la larga de la Isla en su totalidad.

Ni los proyectos de Rafael Clavijo a finales del siglo XVIII, ni los desvelos de la Junta del Puerto que impulsaron los gremios de mareantes, ni los anhelos de fomento local que articulaban las autoridades de la ciudad, ni el benemérito

cotidiano *El Ómnibus*, a través de sus editoriales tan patriotas, lograron vencer un concurso de factores adversos: artimañas pueblerinas, rivalidades inter-insulares, incuria en la Villa y Corte (y mucho más), se tradujo en la obstaculización del ansiado proyecto de puerto seguro y acogedor para la ciudad de Las Palmas.

Ahora bien, dice el refrán que el Todopoderoso aprieta pero no asfixia.

Las calamidades de los tiempos -ruina de las cosechas vinateras, inundaciones de los vetustos, cuando no lóbregos barrios (que Domingo J. Navarro gustaba describir) por las aguas del indómito Guiniguada- no se acabaron de golpe, *ex abrupto*. La aurora de otra época, sin embargo, rompió en los celajes de la Ciudad.

Fue la voluntad combinada de las fuerzas vivas laspalmeñas, y de los hermanos León y Castillo en particular, la que hizo factible la construcción del Puerto de La Luz en la bahía natural de las Isletas. Fernando, el político, tuvo la intuición genial; Juan, el ingeniero, aportó pericia e inteligencia a la causa común. Entre 1861, año en que se redacta y eleva a la superioridad *La Memoria del proyecto de un*

muelle de abrigo y desembarque en el Puerto de La Luz, y 1883, momento del inicio de las obras, transcurren algo más de veinte años. Pensemos por un momento lo que supuso la gestación del proyecto y su plasmación material; las luchas por el enderezamiento de la situación en un clima crecientemente modernizador en la faz del hemisferio, aunque lacerantemente duro para el mundo hispano y, por ende, para Canarias.

Tengo para mí que en la perspectiva que confiere el distanciamiento, fue en aquellos años ochenta del siglo XIX cuando la ciudad de Las Palmas produjo su salto cualitativo supremo. Cuando trascendió de su nicho ecográfico originario para romper con fuerza la placenta que le constreñía, poco más allá de las lindes trianeras. Cuando al tesón de unos cuantos y los intereses de otros pocos, se sumó el comercio internacional por vía marítima que situó al Puerto de La Luz entre los puertos de escala más visitados por buques de vapor de diferentes pabellones. Y de uno, muy en particular: el británico, que hizo del la Luz-Port, junto con Port-Said en Egipto, Panamá y Uruguay en América y Singapur en una isla de la lejana Malasia, los enclaves carboneros más solicitados por la navegación de la era industrial.

Miremos hacia el noreste de la Isla e imaginemos, desde el punto trianero en el que nos encontramos ahora mismo, como rompe con fragor y encrespamiento el Atlántico en las orillas rocosas de la isleta. La Luz-Port detuvo el ímpetu del oleaje y abrió a los buques, a los intereses y a las gentes de ultramar, un muelle de abrigo y reposo para la aguada y el estibaje en las rutas trasatlánticas. La penetración auténtica de la sociedad laspalmeña por el mundo exterior se agudizó en el tramo final del siglo XIX y los primeros decenios del XX.

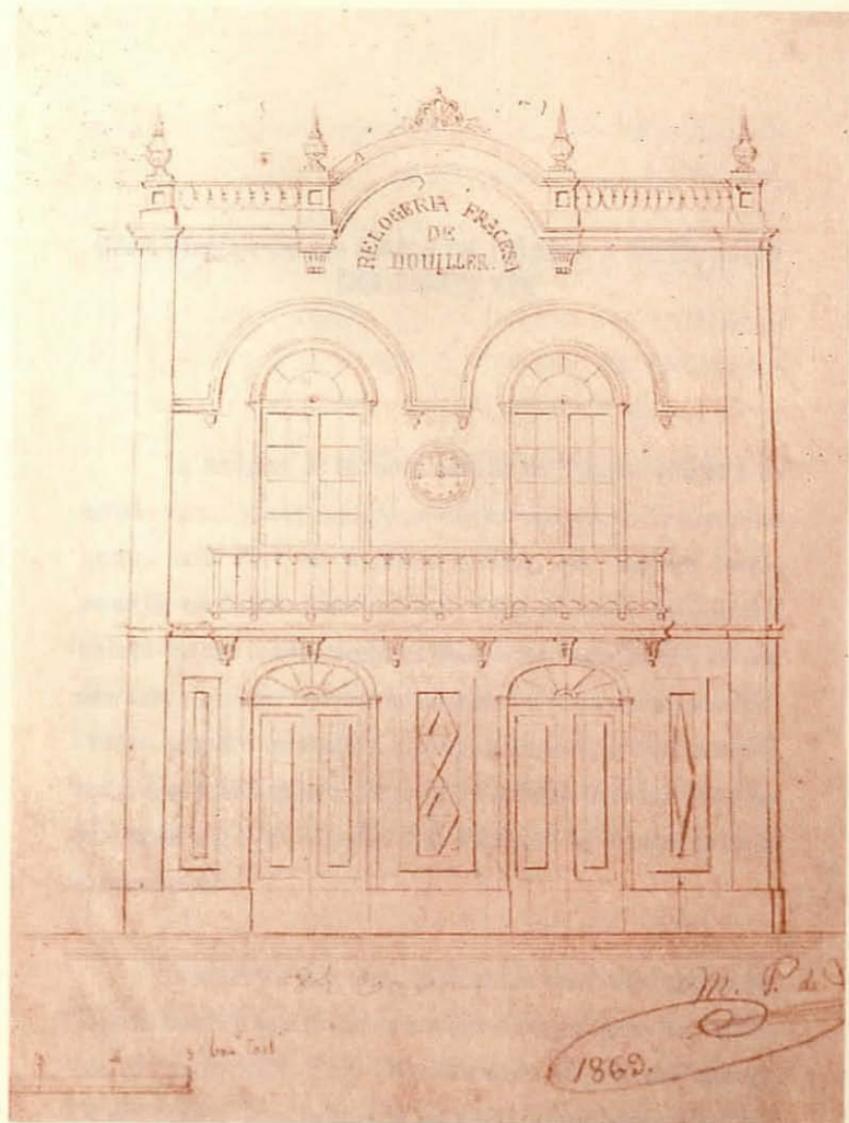
Domingo Rivero supo como nadie captar el cambio general operado en la ciudad de Las Palmas y del Puerto de La Luz cuando escribió con distinción elegíaca los versos que les leo:

«Cuando el sol de la tarde sus rayos amortigue
 y el muelle en sombra deja sus pálidos reflejos,
 por las aceras toscas de la explanada antigua
 siguiendo su costumbre, van llegando los viejos.
 Desde ese muelle -anhelo de tres generaciones-
 en otros tiempos vieron, sobre la azul llanura,
 cruzar las blancas velas de las embarcaciones
 como un presagio humilde la ciudad futura.
 Y hoy, desde el viejo muelle, silencioso y desierto,
 miran con turbios ojos salir del nuevo puerto
 para Marsella, Londres, Hamburgo o Liverpool,

en vez de los pequeños veleros de otros días,
vapores poderosos que exportan mercancías
y manchan de humo negro el horizonte azul»

A partir de aquellos decenios de cambio y transformación que vivió Las Palmas a caballo entre dos siglos, nada volvió a ser igual a como lo había sido antes. Ojalá que este otro fin de siglo, al que nos aproxima cada celebración de la noche de San Juan, logre abrir camino a un futuro muy próximo, pletórico de hermosos logros de toda suerte para la «muy noble y muy leal».

Víctor Morales Lezcano.



«Proyecto original de Ponce de León»

UNA VISIÓN DE LA CALLE DE TRIANA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

La imagen de la calle Mayor de Triana, siempre ha estado vinculada al tradicional núcleo comercial de la capital grancanaria. Pero no podemos olvidar, que también forma parte de un centro histórico que, aunque con el devenir del tiempo ha ido readaptando su fisonomía, todavía hoy en día esconde y protege celosamente entre las modernas construcciones, algunos inmuebles que nos hablan de épocas pretéritas. Desgraciadamente, otros ya no pueden transmitirnos las vivencias del ayer, al haber sido víctimas de la piqueta de la especulación.

Evoquemos por unos momentos otra calle mayor de Triana, aquélla que vivieron nuestros antepasados de mediados del siglo XIX. Como ha estudiado el profesor Martín Galán, pese a las penurias de las arcas municipales, las Corporaciones decimonónicas presididas por los alcaldes Antonio López Botas, Juan M^a de León y Joven y Felipe Massieu Falcón, mostraron especial sensibilidad e interés por la infra-

estructura y remozamiento de Vegueta y Triana. La reforma de la vía principal del barrio trianero, fue objeto de constante preocupación por parte del Ayuntamiento capitalino y de los comerciantes que la habitaban, tanto por la irregularidad y desigualdad de su trazado, como por la falta de una homogénea alineación de los inmuebles que la integraban. Algo más de medio siglo hizo falta para poder llevar a cabo la correcta realineación de esta calle Mayor, desde 1853 hasta 1908.

La primera persona que llamó la atención de la municipalidad acerca de estos problemas que afectaban a tan relevante vía de la capital grancanaria fue el artista Manuel Ponce de León, el 7 de diciembre de 1853, en su calidad de miembro de la Comisión de Policía y Ornato, encargada de todo lo concerniente a obras públicas y privadas, sin cuyo consentimiento no podían llevarse a cabo.

Tras una serie de vicisitudes, el inicio de la remodelación de la trama final de Triana, se vio facilitado por la aprobación gubernamental, en 1863, del proyecto del ingeniero y sobrino del artista reseñado, Juan de León y Castillo, denominado: *Prolongación de la carretera de 2º Orden de Las Palmas al Puerto de La Luz hasta empalmar con la calle de Triana*. Los trabajos no se iniciaron hasta la revolución de La Gloriosa de 1868, solicitando los vecinos, al año

siguiente, emplazamientos para edificar inmuebles, una vez se hubo llevado a cabo el derribo de las casas que impedían realizar las obras de nueva delineación. Varias fachadas trazó en estos momentos, y también anteriormente, Manuel Ponce de León, proyectista y pintor del barrio de Vegueta que estudió en la Academia de Nobles Artes de San Fernando de Madrid. En ellas, podemos apreciar su atracción por los distintos lenguajes estéticos que coexistieron a mediados del Ochocientos, y que vienen a suponer un reflejo, en Canarias, del pensamiento arquitectónico peninsular y europeo de la pasada centuria. Nos referimos a los historicismos, a la actitud ecléctica, o a la arquitectura de tradición clásica. Estas construcciones fueron proyectadas a lo largo de veinte años, entre 1852 y 1872, por encargo de comerciantes (Alejandro Douillet y la familia Wood); propietarios (Blas Rodríguez, Agustín Pérez, Juan Ruiz y Remedios Falcón), e incluso de un carpintero: Silvestre Rosales.

Les invito a realizar un recorrido por la vieja Triana, deteniéndonos ante las casas habitadas por aquellos vecinos.

Nuestro paseo se inicia ante el inmueble que se correspondía con el antiguo nº 54, o quizás 56 de esta calle. Allí se encontraba la casa diseñada por Ponce de León en 1852 para Dña. M^a Juana Socorro, esposa del comerciante

de origen londinense D. Diego Wood, localizándose precisamente al lado de otra que fuera propiedad de este señor. La licencia de construcción la solicitó, en nombre de la referida señora, D. Edmundo Wood y García. La casa respondía al esquema de la tradicional vivienda canaria, flanqueada entre pilastras de piedra, con puertas enmarcadas por cantería y ventanas de guillotina. A lo largo de las décadas de los 60 y 70, este inmueble albergó a bastantes miembros de la familia Wood-Socorro. Citemos en primer lugar a la propia Dña. M^a Juana, ya viuda desde mediados de los años sesenta, con sus hijos solteros Eduardo, Matilde y Alfredo. Con ellos compartían la vivienda sus otros dos hijos ya casados, Edmundo y Elvira, con sus respectivos cónyuges, Lucrecia de la Torre y Doreste y Domingo Melián y Cubas, así como los descendientes de ambos matrimonios. Asimismo, también tuvo acomodo en esta casa Javiera Socorro, hermana de la dueña y varios sirvientes.

A principios del presente siglo, siendo propiedad de Edmundo Wood, el antiguo edificio fue remodelado. En la actualidad no existe, correspondiéndose de modo aproximado, el solar que antes ocupara, con el emplazamiento donde hoy se ubica Chamraí.

En el lado contrario de la calle, aún tenemos la suerte de poder contemplar en el nº 35 -antiguamente se correspondía con el 33-, la espléndida fachada que Ponce de León diseñase para el propietario Blas Rodríguez Suárez en 1868, cuando éste último tenía 68 años. Vivió en esta vivienda hasta los primeros años de la década de los 70, en que falleció. Con él compartieron la casa su esposa Antonia Navarro y Sortino y sus cinco hijos: Luisa, Concepción, Dolores, Pino y Fernando, así como el personal de servicio doméstico, entre los que llegaron a encontrarse personas oriundas del Hicrro y de Fuerteventura.

Estamos ante una construcción de tipo ecléctico, de dos plantas, que remata en una decorativa forma triangular, flanqueada por sendos tramos de balaustrada. La originalidad del frontis de esta casa estriba en su disposición en torno a cinco esbeltas arcadas ciegas de medio punto, de sabor clasicista, que se encuentran sostenidas por pilastras ornamentadas con placas. Las claves de estos grandes arcos están adornadas con decorativas ménsulas, mientras que las enjutas presentan pequeños tondos con rosetas. En el piso inferior, los arcos utilizados son rebajados. En cambio, los huecos de los balcones del principal, adoptan el medio punto, con vistosas ménsulas en las claves de los arcos de las que parten dinámicas molduras barroquizantes de piedra.

La planta superior conserva, en líneas generales, la forma original. Sin embargo, la baja ha sido lamentablemente alterada por la instalación de locales comerciales. Desde enero de 1921, este inmueble contiene uno de los tradicionales símbolos de Triana, el gran reloj circular que regía el horario comercial de la zona y que servía de reclamo del establecimiento de Joyería, Platería y Relojería Alemana de Juan Pflüger. Con anterioridad a la fecha reseñada, el citado comercio estaba ubicado en el nº 39 de esta vía haciendo esquina con la calle Torres.

Contigua a la vivienda de D. Blas Rodríguez, en el actual nº 37 (antiguo 35), se encuentra otra casa cuya fachada atribuimos a Ponce de León. Fue realizada para Dña. M^a de los Remedios Falcón, viuda de Díaz, que en estos momentos contaba alrededor de 52 años y vivía con su hijo José Díaz Falcón. Esta vivienda fue remodelada en torno a los años cuarenta, observándose por lo tanto, ciertas variaciones en la fachada sobre el diseño primitivo, en especial en lo concerniente a las carpinterías y al remate de la misma. En su parte inferior se ubica la tradicional Joyería Lezcano, que instalase en el primer tercio de nuestro siglo el joyero, relojero y óptico, Pedro Lezcano.

Caminando hacia el Parque de San Telmo, en el nº 70 formando esquina con el ya desaparecido callejón del Artillero, Ponce de León proyectó, en 1869, un singular e interesante inmueble para el relojero francés de 39 años, Alejandro Douillet Goy, que ya no existe. Su propietario era natural de Lyon, y por esas fechas llevaba ya unos 14 años residiendo en Gran Canaria. Estaba casado con Vicenta de Paul Santana y tenían cinco niños: Luisa, Agustina, Magdalena, Vicenta y Alejandro, con edades comprendidas entre los 12 y los 2 años. Curiosamente, convivía con esta familia el joven relojero suizo Juan Bonny, quien desde 1867 residía en la capital grancanaria, y que en los inicios de los años 70 del pasado siglo se instala, ya casado con Sofía Jeanreneau, en la calle Travieso.

Esta derruida fábrica respondía a un lenguaje ecléctico, en donde se conjugaban de modo enmascarado, elementos historicistas de carácter neorrománico, neorrenacentista y neogótico, con otras de tradición clásica. Por razones que desconocemos, el inmueble que se construyó era de mayores proporciones que el trazado original. Según el cronista Néstor Álamo, esta casa fue conocida a nivel popular con el sobrenombre de la del ombligo, por el círculo que conformaba un

reloj enmarcado en piedra utilizado como distintivo de la relojería.

Tampoco existe ya un inmueble ecléctico proyectado por Ponce de León, también en 1869, para los propietarios D. Juan Ruiz Ramos y D. Agustín Pérez, emplazado en el nº 134, haciendo esquina con la calle Munguía. El diseño englobaba dos casas contiguas de planta baja que pertenecían a ambos propietarios, y que quisieron reedificarlas bajo un único frontis. Sabemos que D. Juan Ruiz era marino, natural de Gáldar, y que estaba casado con Fermina Guzmán, siendo padre de un hijo llamado Lorenzo.

Nuestro recorrido finaliza en la otra parte de esta calle Mayor, en su zona inicial conocida como la panza de Triana, en el pasado siglo, por la forma convexa que presentaba. Ponce de León proyecta aquí, nuevamente en 1869, una vivienda de gusto ecléctico para el matrimonio formado por el carpintero Silvestre Rosales y Josefa Fuentes Toledo, que tampoco podemos contemplar en la actualidad. Se trataba de una estrecha y sencilla construcción de dos plantas, que daba tanto a la vía Mayor como a la denominada La Marina, emplazándose en concreto en la parte sur de esta última arteria conocida como calle Cairasco que puede corresponderse con Francisco Gourié. Esta casa se vio afectada por el pro-

yecto de remodelación de esta zona trianera planteado en 1873 por el arquitecto municipal López Echegarreta.

En mayo de 1869, desde las columnas del periódico El País se le increpaba al entonces alcalde de la ciudad D. Juan M^a de León y Joven, sobrino del artista Ponce de León, acerca de la falta de vigilancia en la calle de Triana y los problemas que ello acarrea:

«Ciudadano Alcalde: si es que tiene V. algún municipal de sobra, que todos sobran, recomíéndele V. escarmienten a los chicos que por las tardes vuelan cometas en las calles públicas. Este inocente juego puede dar lugar a serios disgustos.

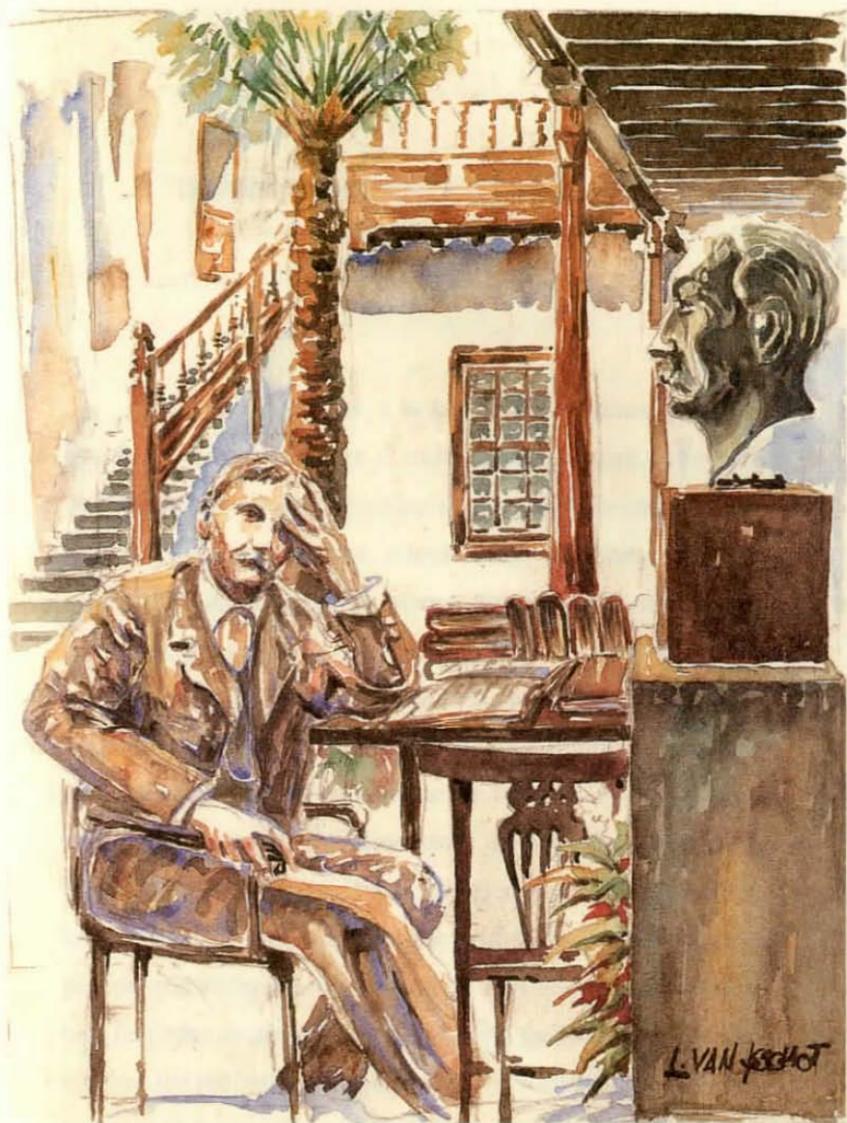
Días pasados marchaba un carruaje por la calle de Triana, y una de esas cometas se enredó en los caballos espantándoles, y hubiera sucedido una desgracia si no se hubiese apresurado a separar aquel chisme la persona que lo guiaba...».

Hoy en día, los problemas de la principal arteria del barrio trianero no tienen esa ingenuidad característica del XIX, pero pueden solucionarse. Las Asociaciones de Vecinos y el propio Ayuntamiento deberían perseverar en la línea de res-

petar el espíritu, ya suficientemente dañado, de este entorno, en el que todavía se vislumbra la arquitectura que hemos evocado y otras que se han ido incorporando, pese a los manifiestos desaciertos que cualquier viandante, sin necesidad de que se los señalen, puede observar. No obstante, la atención debe de dirigirse con preferencia, urgentemente, a los propios comercios. Sería deseable poder pasear por Triana recreándonos, no solamente en las partes altas de los distintos edificios, sino fijando también nuestra vista en las plantas bajas, que han sido objeto de un tratamiento mucho más agresivo, no respetándose la relación con el resto del inmueble.

Desde aquí, hago votos para que, en un futuro próximo, podamos tener una mirada amplia, diáfana y total de nuestra entrañable Calle Mayor. Aspiremos en definitiva, a una visión de Triana integradora, y no fragmentada, como es la que lamentablemente tenemos en la actualidad.

M^a. de los Reyes Hernández Socorro.



«Patio y casa de Pérez Galdós»

TRIANA: SEMBLANZA DE MI BARRIO

Este recorrido que, a la luz de los candiles, va penetrando silenciosamente en el espíritu de la ciudad, articulando fragmentos desparramados de ese tiempo antiguo que nunca dejó de ser presente, integrando escenarios contradictorios, definiendo nuestras íntimas arquitecturas, recuperando las utopías perdidas, entreviendo los hilos visibles e invisibles que distorsionan nuestras relaciones, interpretando la sucesión de pérdidas ruinas y de nuevos impulsos que toda urbe es, reordenando en la memoria remotos sueños y olvidadas tragedias, deslizándose entre las solitarias callejuelas inalterablemente acumuladas por los siglos, intentando develar qué hay de verdad en las profundas grietas de cada piedra, qué de lejana humanidad en cada una de las inaccesibles fachadas de abandonados balcones, qué sentimientos atesoraron los recónditos patios de acendrados recuerdos familiares; este recorrido nos ha traído en la víspera fundacional al barrio de Triana, hermano mellizo en el tiempo y en la

historia de la Vegueta de Santa Ana, de la que solamente le separaba el Guiniguada.

Nos reúne, así, un aniversario más de la ciudad, en este barrio que se remonta a los momentos germinales de nuestra villa, con su histórico convento de San Francisco, sus primitivas edificaciones de arcos conopiales y la lírica de Bartolomé Cairasco, que cantó las excelencias edénicas del monte de Doramas y la gesta de la victoria sobre la armada de Francis Drake. Frente al carácter monumental, solemne, oficial, aristocrático, levítico de la Vegueta, Triana fue desde siempre más popular, con menor sentido de la grandeza, más comercial después, más tendida hacia la perspectiva de los horizontes marinos que auspiciaron primero el muelle de San Telmo y, más tarde, el gran Puerto de la Luz.

Triana era entonces desde el barranco hasta San Bernardo, con sus tres grandes conventos, las iglesias de San Francisco, de los Remedios, de San Justo y Pastor y de la Concepción, el Hospital de San Lázaro, y la calle mayor, que alumbraba hasta las ermitas de San Sebastián y de San Telmo. Es decir, era un breve esquema urbano, casi una maqueta, y así aparece reproducido en los fieles planos de Torriani y de Castillo. Más allá de la muralla, los arenales ensortijaban de

esbeltas dunas el dorado istmo marino, hasta alcanzar los jóvenes conos volcánicos de la lejana Isleta. Al poniente, en lo alto, sobre los modestos albergues de San Nicolás y de San Lázaro, asomaba sus cañones el Castillo del Rey y, en la marina bravía del naciente, desde la que soplaban continuamente las temidas brisas, las olas sonoras arremetían contra el humilde caserío de pescadores.

Pero la popular Triana compartía con la empingorotada Vegueta la paz, el sosiego y esa dimensión profunda de lo humano tan propia de la vivienda solariega de Las Palmas, de la que escasas muestras quedan hoy en el barrio. Es la casa antigua de la ciudad que exaltaba la poesía de Tomás Morales:

«¡Oh, la casa canaria, manantial de emociones!
Irregularidad de las anchas ventanas,
con dinteles que arañan devotas inscripciones
y pintadas de verde las moriscas persianas...»

«¡Ah, la mansión pacífica de los antecesores!
Tiene luz de familia, tiene paz de santuario;
claramente embebida de cosas interiores:
¡para soñar o amar, albergue extraordinario!»

Así, pasaron las silenciosas centurias, casi sin dejar huella, pero el siglo XIX es ya el siglo de Triana. A sus comienzos, en la periferia próxima del barrio se inició la construcción del primer muelle que tuvo la ciudad. Después, a partir de 1840 se levanta el edificio neoclásico del primer teatro, el Teatro Cairasco, y se hace la primera plaza de Triana, la alameda de Colón. Y en los años siguientes se funda el Gabinete Literario, que aglutinó a la escasa intelectualidad de la época y marcó un primer paso en el impulso institucional que catapultó el desarrollo de la urbe en la segunda mitad de la centuria. En este periodo se realizó la aventurada empresa de construir un nuevo y gran teatro, que con el tiempo llevó el nombre del escritor Pérez Galdós.

Y en ese siglo XIX, Triana nos aportó una de las principales figuras que ha dado este archipiélago: el gran novelista nació en esta casa en 1843, y aquí vivió durante su infancia y primera juventud. Cuando se desató el luctuoso acontecimiento de la epidemia de cólera, el benjamín de la casa, el pequeño Benito, contaba ocho años de edad. Huyendo del mal, la familia abandonó la ciudad, trasladándose al Monte Lentiscal, en donde permaneció durante el trágico verano de 1851. La mortífera epidemia causó la desaparición de un quince por ciento de la población de la ciudad. Años

más tarde, el escritor describió con su maestría literaria la tragedia del cólera en el episodio nacional de Zaragoza y en la histórica epidemia de Madrid de 1834, y quizás, al escribir estos capítulos de otros tiempos y otros lugares, algún recuerdo inspirador tuvo de aquella terrible vivencia infantil en su ciudad natal. De esos años de la ciudad y del más ilustre de los vecinos del barrio, nos queda aquí la Casa-Museo Pérez Galdós, que guarda recuerdos personales del escritor, los manuscritos de muchas de sus obras, su biblioteca y la estela de uno de los más grandes literatos de lengua castellana.

Junto a Galdós, y a Cairasco, Triana tuvo también otros vecinos de pro: el médico y cronista Domingo J. Navarro; el poeta y prosista Rafael Romero («Alonso Quesada») y el Dr. Juan Negrín, científico y político, impulsor de la Escuela Española de Fisiología y presidente del Gobierno de la República en el doloroso trance de la guerra civil. Don Domingo nos legó las más pintorescas descripciones de la ciudad, de sus gentes y sus costumbres en el siglo pasado.

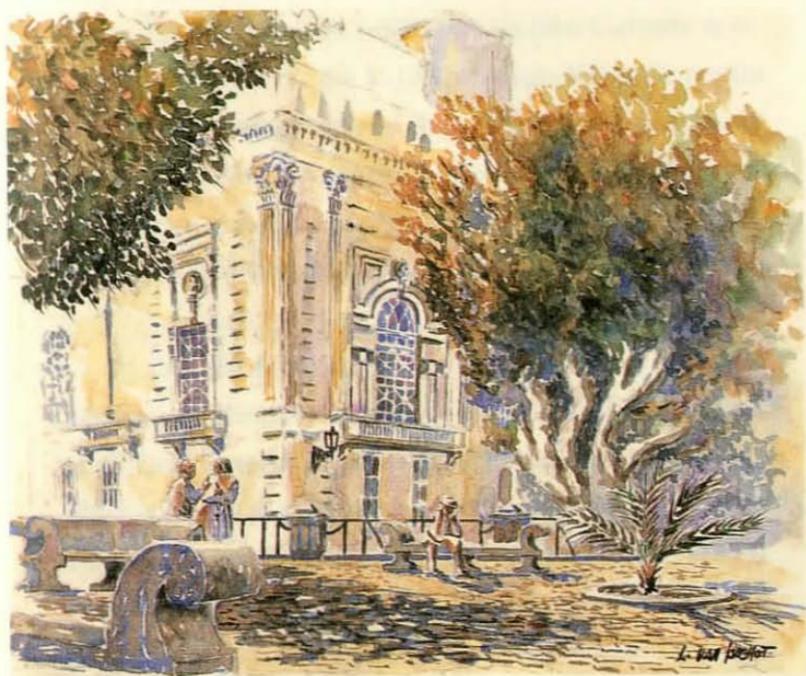
Y a finales de aquella centuria, Triana, y sobre todo su calle mayor, pasó a ser un emporio comercial, al abrigo de la nueva era que abrió para Las Palmas la instalación del Puer-

to de la Luz e, inmediatamente, el prometedor establecimiento de numerosas empresas mercantiles europeas. Comerciantes locales y otros de las más diversas procedencias convirtieron a la calle principal en lo que hoy llamaríamos una gran galería comercial, cruzada de tanto en tanto por los vagones del tranvía, del que, al bajar, la «miss» del poeta Tomás Morales «enseñaba la estirada media blanca». Fue el esplendor, la edad de oro, del barrio, entre los finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, cuando primero la elegante y sobria arquitectura neoclásica y, después, la riqueza ornamental del modernismo mutaron su iconografía, mientras se desvanecía la castiza casa colonial mortalmente herida por el impulso de la nueva edificación.

Así, ya en nuestro tiempo, a la par que el resto de la ciudad creció insospechadamente, el viejo barrio de Triana, hasta entonces libre en sus horizontes y en su mirada hacia el océano, quedó cercado en lo que fueron sus antiguos límites y se fue introduciendo insoslayablemente en el malestar de la cultura urbana. Hoy, este barrio tradicional, la villa del joven Pérez Galdós, ha quedado olvidado en el conjunto urbano, ha sido arquitectónica y sociológicamente barrido por procesos altamente compulsivos: el crecimiento demográfico, la fragmentación social, los impactos tecnológicos, entre

otros. En el presente, nuestra relación con la ciudad está determinada por sentimientos encontrados y contradictorios. La dictadura de la propiedad privada del suelo urbano ha generado fenómenos patológicos en la urbes modernas. Recuperar la dignidad urbana, el profundo sentimiento de ser ciudadano, esa intensa relación emocional con la ciudad, el legítimo orgullo de haber nacido en esta villa nuestra, nuestra propia memoria histórica, en fin, constituyen elementos de reflexión, de mensaje social y de renovada utopía en este 518 cumpleaños de Las Palmas de Gran Canaria, en esta noche mágica de augurios, en la que entre la aromática humareda que nos traen las ramas de nuestros campos, hemos de percibir la brillante luz que irradió nuestro Pérez Galdós en su discurso sobre la Fe Nacional: frente al caciquismo que hoy corroe en nuestras islas a la democracia, que los más lejanos seamos los más próximos al corazón de la Patria, es decir, los más próximos al propio espíritu de la democracia, a la justicia y a la libertad.

Alfredo Herrera Piqué.



«Alameda de San Francisco»

LAS DOS TRIANAS

Las relaciones de Sevilla con las Islas Canarias se remontan al siglo XIV. En 1312 Lancelloto Nalocello realiza el redescubrimiento medieval del archipiélago, partiendo, sin duda, de Sevilla-Cádiz según *El libro del conocimiento*, escrito por un franciscano sevillano que recibió noticias de los genoveses radicados en la ciudad de la Giralda.

En 1382 el navío del sevillano Francisco López, que navegaba de Sanlúcar a Galicia, fue empujado hasta las costas de Gran Canaria, en cuyo riachuelo Guiniguada los aborígenes socorrieron a los supervivientes con miel, carne asada y harina de cebada tostada. Pocos años más tarde (1390) Enrique III de Castilla concede la conquista de Canarias a Hernán Peraza, Caballero Veinticuatro de Sevilla.

A principios del siglo XV (1403), en un pregón leído en Sevilla se habla de Juan de Bethencourt como Rey de Ca-

designación del Asistente de Sevilla Diego de Merlo para organizar los aprestos destinados a la conquista de Gran Canaria; el apresamiento y conducción a Sevilla del caudillo Adargoma; la implantación en el Real de Las Palmas, por Juan Rejón, de la devoción a Santa Ana, patrona de la Triana sevillana. A semejanza de estos hechos cabe mencionar la actuación de tropas remitidas desde Sevilla decisivas en las operaciones finales, o la presencia de pobladores originarios del Condado de Niebla llevados en 1483 para repoblar la tierra.

En 1485 se acordó que la iglesia de la Señora Santa Ana, llevada por Rejón, fuese sufragánea de la sede hispalense. El trasiego de hombres y supuestos culturales fue todo lo intenso que la emigración de gente peninsular lo permitió. Sevilla era, desde hacía tiempo, escenario donde se vendieron esclavos canarios, en ella se realizaron preparativos de huestes conquistadoras; en Sevilla se firmaron capitulaciones, se llevaron a cabo tratos y contratos, se obtuvieron préstamos, etc., estando las isla por medio. Habla el cronista Andrés Bernáldez, en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, que en la sevillana Puerta de la Carne se situó con su parcialidad el caudillo de Telde.

narias. Comienza entonces la fase de la conquista bethencouriana, que dura hasta 1461, con desigual resultado. Las Islas no han sido sometidas en su totalidad. Va a seguir la etapa de García Herrera (1461-78), un nuevo ejemplo de la actividad señorial que los Reyes Católicos suprimen en 1478.

El periodo realengo se va a desenvolver en dos momentos con diversos actores:

- 1) La etapa de Frías-Bermúdez-Rejón y Algaba (1478-80)
- 2) La etapa de Vera (1480-91).

Sevillanos o andaluces acaparan la acción en los años del siglo XV: Conde de Niebla; Pedro Barba; Hernán Peraza; Guillén de las Casas; Jofre Tenorio; Guillén Peraza; Diego de Herrera; Juan Bermúdez; Pedro de Algaba; Juan de Frías... La etapa de Frías, Bermúdez y otros, precisamente, concluía el año en que se firmaba entre Castilla y Portugal el Tratado de Alcazovas-Toledo fijando la españolidad de las Canarias. Y la segunda etapa, la de Vera, ponía punto y final a la anexión en vísperas del descubrimiento de América. En esos años de 1478 a 1491, mientras se desarrollaba la conquista de las Islas, varios hechos reflejan las relaciones de Gran Canaria con Sevilla. Citemos a modo de ejemplo algunos de ellos: la

designación del Asistente de Sevilla Diego de Merlo para organizar los aprestos destinados a la conquista de Gran Canaria; el apresamiento y conducción a Sevilla del caudillo Adargoma; la implantación en el Real de Las Palmas, por Juan Rejón, de la devoción a Santa Ana, patrona de la Triana sevillana. A semejanza de estos hechos cabe mencionar la actuación de tropas remitidas desde Sevilla decisivas en las operaciones finales, o la presencia de pobladores originarios del Condado de Niebla llevados en 1483 para repoblar la tierra.

En 1485 se acordó que la iglesia de la Señora Santa Ana, llevada por Rejón, fuese sufragánea de la sede hispalense. El trasiego de hombres y supuestos culturales fue todo lo intenso que la emigración de gente peninsular lo permitió. Sevilla era, desde hacía tiempo, escenario donde se vendieron esclavos canarios, en ella se realizaron preparativos de huestes conquistadoras; en Sevilla se firmaron capitulaciones, se llevaron a cabo tratos y contratos, se obtuvieron préstamos, etc., estando las isla por medio. Habla el cronista Andrés Bernáldez, en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, que en la sevillana Puerta de la Carne se situó con su parcialidad el caudillo de Telde.

Algún sevillano -por ejemplo: el gobernador Martín Fernández Cerón, que lo era- o algún andaluz, o alguien familiarizado con el urbanismo de la ciudad del Guadalquivir, pudo recordar a Triana, «guarda y colación» de Sevilla, al contemplar el conjunto de edificaciones surgidas en la orilla izquierda del Guiniguada cual colación de Vegueta y guarda o defensa de ésta de los peligros provenientes de los Arenales.

Triana es vocablo que asociamos a un barrio o a un descubridor que, paradójicamente, no existió. O, más exactamente, existió con otro nombre. El marinero que dio la voz de tierra en la madrugada del 11 al 12 de octubre de 1492 realmente se llamaba Juan Rodríguez Bermejo, pero fray Bartolomé de las Casas, lo mismo que introdujo la polémica al escribir que Colón en su primer viaje estuvo en Gando, fue responsable de ese Rodrigo de Triana, que únicamente él menciona.

También al topónimo Triana le acompaña la duda al ignorarse su origen y significado. Hubo autor que identificó a Triana con la antigua Osset, localidad cercana a Sevilla. Tesis desechada. Los autores oscilan entre *Traiana* gentilicio de la poderosa familia de los *Traios* vecinos de Itálica (Trajano: Trajana = Trayana = Triana), y el vocablo latino

Trans amnis (al otro lado del río), a semejanza de *Trans tiberi* (Trastévere). Ejemplos de esto último los tenemos en el barón Charles Davilliers que en 1862 al describir al barrio señala que «*es poco mas o menos... lo que en Roma es el Trastévere*»; y Richard Ford en *Las cosas de España* escribe «*el barrio de Triana, que viene a ser el Trastévere de la ciudad y cueva de toreros, contrabandistas, pilletes y gitanos, cuyas mujeres son las primeras danseuses*».

Es la visión del siglo XIX, difundida por los viajeros románticos, que llegaron a Sevilla buscando lo diferente y lo exótico. La fama del barrio procede sobre todo de esa estampa decimonónica, romántica, que vio a la vieja «guarda y colación» de Sevilla como un antro de gitanos, toreros, cantaores, bailaoras y cigarreras. Sin embargo, la Triana actual es más descendiente de la Triana del Quinientos. Los actuales trianeros, sin renegar de su pasado inmediato, presumen de la Triana habitada por notables familias, marinera, descubridora, hortelana, e industrial con sus almonas, fábricas de pólvora y de cerámica. Una y otra, la Triana del siglo XVI y la del siglo XIX, han sido siempre distintas a la Sevilla de la orilla derecha.

Nuestra Triana grancanaria, alzada en la orilla izquierda, se debió de vincular tempranamente al famoso barrio del siglo XVI, elogiado por los viajeros Münzer, Navajero y Cuelbis, que se proyectó por obra de sus marinos al otro lado del Atlántico. Es la Triana donde se construyen barcos, donde las fábricas de bizcocho lo suministran, con la pólvora y el jabón, a las expediciones descubridoras, algunas planeadas por hijos suyos. Famoso y trascendental fue el periplo de Cristóbal Guerra, trianero fabricante de bizcocho, con Pero Alonso Niño, y el de su hermano Luis Guerra con Alonso Vélez de Mendoza. Vecino de Triana era Rodrigo de Bastida, conocido navegante y conquistador en Tierra Firme; y en las orillas trianeras del Guadalquivir, junto al convento de Los Remedios, se aprestaron las naves de Magallanes.

No estamos en condiciones de fijar con certeza el momento en que la zona opuesta al barrio de Vegueta, célula de la fundación de Las Palmas, fue denominada *Triana*. Ni en el mapa de Torriani ni en el de Casola, trazados en el XVI, figura el topónimo Triana; pero los lazos con Sevilla los proclama una serie de calles conocidas con nombres que se repiten en una y otra ciudad, tales como *Agua*, *Gradas*, *Gloria*, *Abades*, *Herrería*, *Los Remedios* advocación de un convento cuyo recuerdo en Las Palmas pervive en una calle y en Sevilla en

un barrio prolongación de Triana. La Triana canaria, su situación, se indica por vez primera en la planta de la ciudad que en 1659 dibuja un soldado anónimo. El autor se limita a colgar en el aire, por así decirlo, al topónimo sin dibujar el conjunto de casas y calles que integran al arrabal. En el siglo XVIII figura la Puerta de Triana en los mapas de Antonio Riviere (1742) y José Ruiz Zermeño (1773). La Calle Mayor de Triana, es decir del barrio de Triana, comienza en la ermita de los Remedios, junto al barranco Guinguada y termina en las ermitas de San Telmo, San Sebastián y Nuestra Señora de las Angustias. Un poco mas allá estaba la Puerta de Triana, en la muralla de Triana. Es decir, Triana comprendía el espacio entre el barranco Guinguada y el barranquillo de Mata. Al otro lado de esa frontera seguía la Vega de Triana, hasta los Arenales. También en la Triana sevillana detrás del espacio ocupado por el caserío se extendía la Vega de Triana. Ya no existen estas vegas, como tampoco existen las Trianas marineras. Hoy la Triana sevillana ha perdido intimidad, es menos pueblo. Persiste la dualidad Sevilla-Triana, que Albéniz plasmó musicalmente. En Gran Canaria, donde Triana no fue nunca mito y leyenda, la Calle Mayor del barrio ha usurpado el nombre de este y el concepto mas que referirse a un barrio se refiere a una calle:

*La calle de Triana en la copiosa
visión de su esplendor continental:
ancha, moderna, rica y laboriosa;
arteria aorta de la capital*

que cantó Tomás Morales.

Francisco Morales Padrón.

ÍNDICE

Paseo Nocturno por la vieja ciudad <i>José Manuel Soria López</i>	5
Propósito de un recorrido histórico. Ayer y hoy de una calle: «Los Malteses» <i>Josefa Luzardo Romano</i>	9
Presentación del Paseo Nocturno <i>Juan José Laforet</i>	15
De campamento a urbe. De cofradía de mareantes y pescadores a puerto de es- cala y refugio cosmopolita <i>Víctor Morales Lezcano</i>	23
Una visión de la calle de Triana a me- diados del siglo XIX <i>María de los Reyes Hernández Socorro</i>	35
Triana: semblanza de mi barrio <i>Alfredo Herrera Piqué</i>	47
Las dos Trianas <i>Francisco Morales Padrón</i>	57

Este libro se terminó de imprimir el día
23 de junio de 1996, víspera de las
Fiestas Fundacionales de Las
Palmas de Gran Canaria.
San Juan, 96.

COLABORA:



REAL SOCIEDAD
ECONÓMICA DE AMIGOS
DEL PAÍS DE LAS PALMAS

FUNDACION



MAPFRE
GUANARTEME